



REVISTA SEMANAL.

AÑO 3.º—NÚMERO 28.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda
España, franco de porte, siendo
precisa condicion hacer la sus-
cripcion por anualidades.

DIRECTORA.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

30 de Julio de 1877.

En su redaccion y adminis-
tracion, calle del Darro del
Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

El paso de Roncesvalles, por don T. de Trueba y Cosío.
Dolora, poesia, por don Francisco Jimenez Campaña.
Calvario y redencion, novela, por doña Enriqueta
Lozano de Vilchez.—**La Jardinera**, poesia, por don
Gabriel de Enciso y Nuñez.—**El hermano Leon**, por
don F. G. R.—**Variedades**.

EL PASO DE RONCESVALLES.

(Leyenda histórica.)

(Continuacion).

Las altas montañas del Pirineo resonaban con los ecos de mil canciones de guerra. Las trompetas y clarines repetian sus sonos belicosos, y la suave brisa de la noche llevaba las voces de los guerreros y sus alegres risotadas hasta perderlas en la distancia. No es posible describir el suntuoso espectáculo que ofrecieron los dos ejércitos al avistarse á la mañana siguiente. En el dilatado espacio que ocupaban, un bosque de lanzas parecia destacarse de una inmensa y bruñida llanura de oro y plata. Tal era el efecto que producian los relucientes cascos, mirados desde lejos, bañados

por la suave luz del sol de la mañana. Los dos poderosos adversarios avanzaron á la carga y se encontraron en el célebre paso de Roncesvalles. Nunca se encerraron en un solo campo huestes de tan bravos caballeros, ni nunca se emplearon con mas acierto las astucias de la guerra. Una nube de flechas y dardos oscureció al principio la luz del dia; pero pronto desapareció y los combatientes cerrando sus filas, se confundieron en horrorosa lucha. Por largo espacio pelearon con igual bravura ambos ejércitos, hasta que reunida la nobleza francesa con un solo cuerpo, resolvió romper el ala que mandaba el rey de Leon. Los efectos de su ataque fueron semejantes al que produce una corriente de lava. Los españoles caian como otras tantas espigas de trigo. El furioso Rolando, animando á sus secuaces, se adelantaba ávidamente en busca de don Alfonso. Al cabo, habiendo llegado á su presencia:

—Falso rey, le gritó imperiosamente: encomienda tu alma á Dios, porque ha llegado tu hora. La muerte será el premio de tu perfidia.

Diciendo esto, cerró con D. Alfonso, el cual hubiera quedado sin duda mal parado de tan furiosa embestida, si no hubiese acorrido en su

ayuda uno de sus mas valientes caballeros; en vano es decir que este caballero fué Bernardo.

—¡Atrás, francés! exclamó en el esceso de su furia. ¡Deja á mi rey y cébese en mí tu furor; yo soy Bernardo!

Y al decir esto, arremetió á Rolando con todo el impetu de que era capaz. Ambos resistieron inmóviles el primer encuentro sobre sus poderosas monturas. Estas, sin embargo, no pudieron sufrir el segundo y cayeron. Los dos campeones entonces desnudaron sus aceros que pronto se hicieron pedazos al rudo choque de los tremendos golpes. En aquel momento, Bernardo apoderándose repentinamente de un hacha perteneciente á un guerrero que yacia moribundo á sus piés, descargóla con tal impetu sobre su contrario, que destrozando el casco y la visera, partió en dos la cabeza del célebre caballero francés. Despues de esto, siguió Bernardo haciendo prodigios de valor, y ayudado valerosamente por sus bravos leoneses, obtuvo una completa victoria. El emperador Carlo-Magno, con los restos de su destrozado ejército, volvió á su país, para no olvidar jamás el fatal cuanto memorable paso de Roncesvalles.

Desde aquel momento el nombre de Bernardo se hizo cada vez mas glorioso en España; y las hazañas con que se distinguió en Roncesvalles fueron altamente celebradas. No obstante, en medio de tanta gloria como le rodeaba no parecia ser feliz el héroe; un ceño adusto sustituyó á su antigua franqueza y agradable serenidad. Paseando un dia por los jardines de palacio y abismado en profunda meditacion daba de esta manera rienda suelta á sus sentimientos:

—Qué vale el esplendor de mis hazañas, decia, si continuamente me persigue la oscuridad de mi origen! ¿Por qué no viene mi padre á reconocer un hijo á quien todos rinden aplauso y alabanza? ¿Pueden estar tan apagados en él los sentimientos de la naturaleza que permanezca indiferente á la gloria que yo pudiera transmitir á su nombre, si fuere tan feliz que la alcanzase? Ah! padre cruel!... No.... tal vez te juzgo mal. Tal vez la ignominia de tu propia cuna te hace temer un descubrimiento fatal que pudiera oscurecer en solo un momento la brillantez de mis hechos.

—¡Oh! Bernardo! no acuseis á vuestro padre, exclamó una voz. ¡Desgraciado! no ha sido él la causa de que vuestro nacimiento haya permanecido tanto tiempo en secreto.

Bernardo volvióse sorprendido y vió á doña Arboyna, dama antigua de palacio, que estaba detrás de él.

—Bendigaos el cielo! dijo Bernardo, y bendi-

gaos mil veces si podeis descargar mi espíritu del horroroso peso que le oprime.

—Puedo aclararos todo el misterio; pero.... añadió mirando al rededor sobresaltada. ¿Habrá alguno que nos observe? Ay! si sospechasen que habia descubierto este secreto á Bernardo, la desgracia, el castigo, la muerte tal vez serian las consecuencias de mi condescendencia. Retirémonos á un parage mas oculto.

Bernardo obedeció impaciente. La dueña con voz mas firme, continuó:

—Sí, Bernardo, un gran misterio envuelve á vuestro nacimiento; no os habeis mecido en cuna infame, aunque vuestra indignacion ha llegado á suponerlo. Ningun caballero en Castilla, puede jactarse de tener progenie mas ilustre; ni aun el mas orgulloso de toda la nobleza.

—Proseguid, noble señora, mi impaciencia puede apenas sufrir la tardanza de vuestras palabras.

—Serenáos, Bernardo, y oireis cosas que os han de sorprender. He dicho que la sangre que circula por esas venas es tan buena como la del mejor caballero castellano y aun podia aventurarme á decir que era mas noble.

—¡Mas noble! ¿Cómo es posible, señora?

—Sí, continuó la dueña con voz mas baja y dulce. ¿Qué diriais si esas venas fuesen nutridas por sangre de reyes?

—Dios poderoso! exclamó Bernardo conmovido. ¿Podria tal vez probarse mi ambicion... si... no hay duda.... la atencion particular con que me mira el rey.... la deferencia de ser su favorito entre los cortesanos, y otros mil accidentes, justifican el presentimiento que alimentaba mi esperanza. Es, pues, el rey Alfonso.... no se atrevió á concluir; pero doña Arboyna, adivinando su pensamiento, le contestó:

—No, no es el rey vuestro padre, y sin embargo, una misma sangre circula por las venas de entrambos. Escuchad, Bernardo, la historia de vuestro nacimiento; desgraciadamente está llena de horrores y desdichas. El miedo me ha obligado hasta ahora á guardar un profundo silencio, pero no quiero ser con vos injusta, ni ingrata á los beneficios de vuestra madre.

—¡Mi madre! ¿quién es? ¿Dónde está?

—¡Ay! prorrumpió la dueña bajando la cabeza tristemente; murió hace pocos meses: infeliz señora! mucho sufrió y muy profundos fueron sus dolores! pero ahora está en el cielo y goza el premio que alcanzaron su virtud y sus padecimientos!

Las lágrimas interrumpieron por un momento la narracion de la sensible dueña; luego continuó:

—Doña Jimena, vuestra madre, era la única hermana del rey Alfonso que la amaba con el afecto fraternal mas puro, hasta el momento que se hizo odiosa á sus ojos, por haber concebido una pasión que él desaprobaba en el mas alto grado. Entre los apuestos caballeros de la corte de este rey cruel, habia uno mas arrogante que todos; el primero en valor é intrepidez; el primero tambien en cortesania y gentileza. Basta decir, que solo tan perfecto caballero, podia despertar el amor de una princesa. Y así sucedió. Doña Jimena, se sintió vivamente enamorada del conde de Saldaña; este era el nombre del caballero; y en cuanto á él, no estaba en verdad, menos cautivado de los encantos de la infanta. El rey, que sin duda es mas puro en todos sus pensamientos y que odiaba al amor como á la muerte, tenia proyectado fundar un convento de monjas, para cuya abadesa habia elegido á su hermana. Estos planes ya debeis suponer, que cuadraban muy mal con el gusto é intenciones de doña Jimena, interesada como estaba por el noble conde de Saldaña. Aqui comienzan las desventuras; la infanta, conociendo demasiado bien que el rey su hermano se opondría eternamente á su enlace con el conde, resolvió guardar el secreto de su inviolable amor; casóse con el caballero clandestinamente, y resultó lo que suele ser perjudicial á secretos femeniles de tal naturaleza. Nacisteis vos y el secreto no pudo guardarse por mas tiempo. El rey, en el exceso de su encono, amenazó matar á la infanta, á su esposo, á su inocente hijo y aun á mí, aunque yo estaba tan inocente como el niño; escepto y salvo el haber sido la confidente de sus amores, del casamiento y de lo demás. Ay! Dios me libre! no tuve la menor parte en nada.

—Bien, bien, interrumpió Bernardo con impaciencia; pero ese rey bárbaro puso en ejecución sus amenazas?

—No ciertamente; porque, como veis, yo no estoy muerta, vos tampoco, y aun viviera vuestra madre si hubiera podido sobrellevar por mas tiempo sus pesares; en cuanto al conde, vuestro noble padre, vive todavía; aunque el desdichado lleva una vida harto lamentable, porque el rey no cedió del todo en su venganza.

—¿Y que hizo?

—Nada bueno, en verdad; pero ¿qué otra cosa podíamos esperar? ciertamente cuando vi que me habia escapado con la vida, no cesé de enviar mis preces á la Virgen santísima. Pero no debeis suponer que todos fuimos igualmente afortunados; porque apenas nacisteis os arrebataron á vuestros desgraciados padres. Este fué

el primer acto de Alfonso, no cediéndole el segundo en crueldad. Inmediatamente desterró al conde al castillo de Luna, donde está oculto desde entonces. ¿Y cuál creéis que fué la suerte de vuestra tierna madre? No fué mucho mejor, seguramente; pero esto no me cogió de sorpresa. El rey, que tuvo tantos deseos de que su hermana fuese abadesa antes de su casamiento, se empeñó doblemente en ello cuando vió que se habia entregado al conde, sin pedirle su asentimiento. ¡Ah! ¿por qué no lo hizo la pobre señora? No porque faltase al respeto en lo mas mínimo á su augusto hermano, sino porque estaba íntimamente persuadida de que jamás alcanzaria su permiso. De modo que doña Jimena fué encerrada en un convento, donde la infeliz permaneció en la amargura hasta que dejó de existir.

Tan sorprendido quedó Bernardo al escuchar la narración de doña Arboyna, que estuvo algun tiempo indeciso sobre el partido que deberia tomar. Entre tanto la timorata dueña le suplicaba ardientemente que no vendiese su secreto. Absorto sin embargo Bernardo por el descubrimiento que acababa de hacer, no prestaba atención alguna á sus ruegos, sino que lleno de indignación y sentimiento resolvió presentarse al rey, y reconvenirle por su conducta indigna hacia el conde y doña Jimena.

Con la temeraria impetuosidad anexa á su carácter, fuese á la presencia del rey, sin esperar á que se le anunciase en otra ceremonia alguna. Alfonso se levantó sumamente disgustado al ver la brusca entrada y altanero aspecto del joven caballero.

(Concluirá).

T. de Trueba y Cosío.

DOLORA.

Era bello: de sus ojos.
Dulces miradas de cielo
Partian, y eran consuelo
De tristes enojos.

Sentada al pié de su cuna
Pasaba su madre el dia,
Y en alta noche veia
Brillar en su faz la luna.

Una vez, del casto amor
Tuvo envidia un serafín,
Y en sus alas de jazmín
Le condujo al Hacedor.

Y la madre, de rodillas
Vertia rios de llanto,

Y tan amargo quebranto
Languideció sus megillas.

Y el hijo, de tanto mal
Todas las noches testigo,
La dijo:—«Vente conmigo
A la patria celestial.»—

—«No hay mas bien que al alma cuadre;
Vé, tú, si lo quiere Dios,
Y volaremos los dos
Al cielo;»—dijo su madre.

Y Dios que la dulce historia
De las dos almas despiertas
Al amor, supo, las puertas
Abrir mandó de su gloria.

Y el hijo y madre adormidos
Volaron con santo afán
Al cielo, como se van
Dos ríos al mar unidos.

Y las dulces armonías
Que los ángeles cantaron,
En el suelo resonaron,
Que calmó sus agonías.

Francisco Jimenez Campaña

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Valeria de Aguilar á su amiga Edmunda de Mendoza.

Consecuente con mi propósito, te vuelvo á escribir, amiga mía, para comunicarte el estado de mi alma y los sucesos todos que preocupan mi imaginación.

Siguiendo el primer impulso espontáneo y libre de mi corazón, estamparé aquí una palabra extraña en mis labios, é incomprensible en mi modo de ser.

Yo amo, Edmunda! yo amo por la vez primera de mi vida, y amo de un modo inmenso, incontrastable, como no sabría amar ninguna otra mujer que no fuera yo.

En un principio creía que era un empeño de mi orgullo el querer fijar la atención de este hombre, á quien veo á todas horas, y que ocupa por completo mi pensamiento, avasallando mi voluntad.

Hoy he comprendido la verdad y aun me la explico clara y sencillamente.

Fabian es un ser superior á los demás: leal, digno, inteligente y elevado; posee todas las cualidades que impresionan el corazón.

Hasta su mismo desden hacia mí es una prueba de la grandeza de su carácter.

Otro, en su lugar, al ver la distinción con que le trato, hubiera calculado mi posición, mis riquezas, y se hubiera arrastrado á mis pies, solicitando una palabra, una mirada ó una muestra de favor.

Él, por el contrario, crece en reserva á medida que yo quiero inspirarle confianza, y se retrae mas cuanto mas quiero acercarme á él.

Pero ¡ay Edmunda! el amor tiene mas amarguras que delicias, y debe tener mas lágrimas que sonrisas.

Yo, te lo confieso á ti sola, he llorado de despecho ya, y me he sentido desgraciada mas de una vez, desde que empiezo á saber que tengo corazón.

Sí, he llorado y he sentido que algo me torturaba el alma en dos ocasiones que voy á referirte.

La primera fué ayer.

Era la hora de la lección, y Fabian habia bajado al salón donde yo le esperaba ya, acompañada de miss Clara, mi aya.

Aun no habíamos abierto el piano, cuando Francisco se presentó para traerme el correo, en el cual venía una carta tuya. Fabian, que habia estado triste y preocupado antes, preguntó al criado con un afán que no trató de ocultar:

—Hay alguna para mí?

—Sí, contestó Francisco separando dos cartas de entre la demás correspondencia, y presentándoselas al par.

Él las tomó, no sin que yo fijara mis ojos en los sobrescritos, y reconociera en ambos la mano de una mujer, aunque eran distintas las letras.

Le miré con cuidado y ví una ansiedad profunda retratada en su semblante.

—Puede V. leer esas cartas, le dije; puede V. leerlas mientras yo veo las mías.

—Gracias, me contestó; gracias, señorita: y sin detenerse un momento rompió uno de los sobres, el que revelaba mas elegancia, y el que al abrirlo exhaló un perfume penetrante y suave.

Fingí ocuparme en mi lectura para dejarle en libertad; pero le observaba á hurtadillas, y noté que palidecía á medida que leía mas. Al fin la alteración de sus facciones fué tan grande que me reveló un dolor harto profundo, y de sus labios, que temblaban contraindidos, se escapó esta sola frase:

—¡Pobre María!

Permaneció algunos instantes tan abstraído, que no se cuidó de la otra carta, que aun tenía cerrada en su mano.

—Sin duda afligió á V. mucho lo que acaba de leer, le pregunté sin ser dueña de contenerme.

—Mucho, señorita, me respondió con amargura.

—Es acaso alguna noticia de su madre? está enferma quizá?

—De mi madre? ah! no: su carta no la he visto aun; contestó mostrándome la que estaba cerrada.

Á pesar de que hubiera dado mi vida por dirigirla una nueva pregunta, callé y fingí no ocuparme de él.

Pero ¡ay! la duda mas cruel habia penetrado en mi corazón.

Quién es esa mujer? quién es esa María cuyas cartas le hacen estremecer? Será su amiga? será su amada? Oh! no lo sé! pero mucho debe interesarle cuando la antepone á su madre.

Sin saber quién es la aborrezco, y detesto los lazos que los ligan. ¿Serán celos este sentimiento de odio, y este dolor profundo que me inspira el recuerdo de esa mujer?

Tú sabrás quizá decírmelo, Edmunda, porque tú has amado y has sido muy desgraciada en tus afectos.

Otro incidente, insignificante en apariencia, y que sin embargo no me explico, ha turbado mi reposo y ha venido á extender una sombra profunda en el cielo de mi vida.

Después de lo ocurrido con Fabian, quedó este tan sombrío y ensimismado, que apenas acertaba á explicar una nota, cuando empezamos la lección de música.

No sé por qué, su dolor me oprimía el alma, y á pesar de creer que lo causaba una mujer, hubiera dado la mitad de mi existencia por consolarle.

Le diriji algunas preguntas, á las que él contestó de un modo vago, pero confesando al fin que sufría.

Hice varias alusiones á la carta que habia causado su inquietud, preguntándole al cabo si era su amada la mujer que la habia escrito.

Me miró sorprendido y exclamó con un acento lleno de asombro:

—Mi amada! Oh! no, señorita; yo no tengo amores, se lo juro á V.

Habia tanta sinceridad en su mirada, que di crédito á sus palabras, á pesar de lo que mis ojos habian visto.

Oh! sí; estoy segura de que Fabian no sabe mentir.

Esa María no es la mujer que ama, estoy cierto, puesto que él lo ha dicho.

Ansiando, pues, hacerle olvidar la idea que le

preocupaba, le propuse un paseo por el jardín acompañados de miss Clara.

Accedió á mis deseos, yo creo que solo por no desairarme, y en breve estuvimos sentados los tres bajo una glorieta de arrayán y madreselva, que forma el centro de la principal calle de árboles.

Fabian ama la naturaleza, ama las flores como todo espíritu poético y apasionado, y pareció que la alegría y la calma iban pintándose en su frente.

Hablábamos.... no sé de qué! yo solo pensaba en oír su voz, cuando un ligero ruido llamó mi atención y me hizo volver la cabeza.

No sé, Edmunda, no sé cómo explicarte mi admiración, ni cómo decirte lo que pasó por mí.

Muy cerca de nosotras, de pie, inmóvil y muda, vi una figura que arrancó un grito de mis labios.

En aquella aparición pálida, vestida de negro y con los ojos puestos en mí, creí reconocer á mi madrastra, que alzándose de la tumba, venia á recordarme el pasado y á despertar mis remordimientos.

Mi turbación se aumentó cuando vi que aquellos labios se movieron, pronunciando á la par un nombre: este nombre era el de Fabian.

Él tambien lo escuchó, porque alzó rápidamente la cabeza y se levantó exclamando:

—Angelina!

Angelina! lo creerás? era ella; pero moviéndose y andando: ella con inteligencia en la mirada, con vida en el semblante, curada casi, casi trasformada en mujer. Cuando la vez postrera que yo la vi era una masa inerte, sin fuerza para moverse, sin pensamiento, sin voz!

Fabian se habia acercado á ella, y tomando su mano la conducia hasta donde yo me encontraba.

Qué cambio el de aquella niña! pero cuándo, como se habia operado? á quién se debía? por qué el nombre de Fabian era la primera palabra que yo escuchaba en su boca?

Te confieso que me sentí trastornada, y que sentí como un vértigo, en que se mezclaban el sobresalto, el terror.... casi el miedo.

Angelina era el retrato de su madre, de su madre débil, pálida, enfermiza, temblando ante mí siempre, y mirándome con sus grandes ojos que parecían pedir compasión.

Tambien ella al verme experimentó parte de lo que yo sentia entonces.

Algo de repulsivo encontró sin duda en mí, pues quiso huir y lo hubiera efectuado si la mano de Fabian no la hubiera detenido allí.

—Angelina! exclamé; es posible que sea ella?

Susana entonces apareció en la calle de árboles, y corriendo hacía la niña,

—Hija mía, dijo: por qué has salido? por qué has dejado tu habitación?

—Oí su voz y vine; contestó Angelina con voz clara y penetrante, señalando con la mano á Fabian.

—No volverá á suceder, murmuró la nodriza afectando alguna severidad; vamos, vente, vente conmigo.

Angelina la siguió con alegría.

—No, tráigala V. junto á su hermana; exclamó Fabian dirigiéndose á Susana, que ya casi habia desaparecido.

—Déjela V., déjela V., la vista de esa niña me hace daño! murmuré con angustia; su mal me aterra.

—Ya está mejor, insistió; y en breve....

—Otro dia.... mañana.... hoy no! he creido ver á su madre, y su aspecto me ha conmovido.

Fabian cedió, y dándome el brazo con galanteria me acompañó á mi cuarto, donde me pongo á escribirte contándotelo todo y ofreciéndote continuar mañana cuando vuelva á ver á Angelina, cuando sepa qué medios se han empleado para esta variacion, y cuando esté mas tranquila tu amiga del alma,—VALERIA.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA JARDINERA.

—Yo soy la jardinera
de esta comarca,
que con su canastillo
viene á la plaza.
Yo tengo flores
para la hermosa niña
que me las compre.

Despoblado de rosas
dejé mi huerto,
y han llorado los lirios
porque las vendo.
¡Ay! de sus penas
todas las noches hablan
las auras ledas.—

—Jardinera mia
que flores vendes,
yo quiero hacer con ellas
un ramillete,
para entregárselo
á la preciosa joven
á quien yo amo.

Deja en tu canastillo
las azucenas,
porque no son tan blancas
como mi bella.

Y nadie sabe
si del rostro la nieve
pueden robarle.

Los claveles esconde
que son muy pálidos
para el carmin purísimo
que hay en sus labios.
Y esas violetas
el aroma no exhalan
que exhala ella.

No me saques las rosas,
jardinera,
que igualarse no pueden
con sus megillas.
¡Ay! que no tienes
flores que sean dignas
de un ramillete.—

—Yo soy la jardinera
de esta comarca,
que con su canastillo
viene á la plaza.
Yo tengo flores
para la hermosa niña
que me las compre.—

—No publiques tan alto
tu mercancía,
porque diré muy recio
que eso es mentira.
Vé de la plaza
á esconder esas flores
avergonzada.

Mas detenga un instante
la jardinera,
que entre aquel grupo inmenso
se acerca ella.
¡Con cuánta gracia
de sus dulces hechizos
flores derrama!

Ante mi amada aprende
jardinera,
á criar como ella
flores bonitas.
Hermosas flores
que en sus hojas enredan
los corazones.

Llévate tus violetas
y tus claveles,

yo le haré con suspiros
un ramillete.

Dulces palabras,
juramentos, promesas,
ayes del alma.

De éxtasis venturoso
horas veloces,
las ilusiones de antes
y las de hoy,
Si mi amor quiere
esas serán las flores
del ramillete.

¡Pobre jardinerita
de esta comarca,
que con su canastillo
viene á la plaza.
Y vende flores
sin hallar una niña
que se las compre.

Gabriel de Enciso y Nuñez.

EL HERMANO LEON.

I.

Los Desolladores en 1363.

Era mas de la mitad del siglo XIV. Carlos V. de sabia memoria, entonces delfin, tenia el centro en ausencia de su padre, el rey Juan, prisionero en Windsor. Á la orilla del Sena, no lejos de la torre de Billy, frente del antiguo palacio de la Tournelle, se elevaba el monasterio que, hoy convertido en cuartel, se llama como entonces *Los Celestinos*. Entre los religiosos que poblaban aquel piadoso asilo, habia un hermano profeso, notable por su color aceitunado y su estatura aventajada. Todavía era jóven; pero sus ojos hundidos y las profundas arrugas que surcaban su rostro, parecian anunciar que su vida habia sido agitada por singulares desgracias. El claustro fué sin duda para él un puerto de salvacion despues de algun terrible naufragio, porque parecia contento con su suerte. Sin embargo, cuando iba con sus compañeros á labrar el jardín bañado por el Sena, se le veia algunas veces suspender su trabajo, apoyarse sobre el mango del legon y mirar correr las aguas. Su contemplacion era entonces tan profunda, que no se apartaba de ella sino cuando el tañido prolongado de la campana le advertia la necesidad de reunirse á los demás religiosos para los ejercicios de la santa casa.

En la puerta de su celda, un poco mas grande que las demás, habia un escudo timbrado

con una corona real, dividido por anchas fajas de plata y azul, y sobre todo un leon, levantado, armado, con la boca abierta y la lengua fuera en actitud amenazadora.

Desde que el hermano Leon entró en los Celestinos, una multitud noble y brillante habia venido á verlo á aquella humilde morada. El valiente y desgraciado rey Juan fué antes de su prision uno de los que lo visitaron mas continuamente. El sabio delfin iba tambien algunas veces. No hablaremos de los príncipes de la sangre, oficiales de la corona y grandes señores, á quienes el hermano Leon consagraba algunos momentos de los pocos que la regla del monasterio permitia á un religioso. Fuera del círculo de los que lo visitaban, no se sabia cosa alguna sobre el misterio en que estaba envuelto. Jamás se supo, excepto un solo dia, qué nombre ocultaba el cenobita, ni qué catástrofe habia arrojado en el retiro á un hombre que parecia haber ocupado el mas alto escalon de la sociedad.

Cierto dia entró un hombre en su celda ricamente vestido, con el color atezado como el del monge, de manera que habia entre ellos esa semejanza que se advierte entre los que son de un mismo país. Al ver al hermano Leon hincó una rodilla en tierra.

—Señor....! dijo, y besó llorando las manos del solitario.

—Guillermo de Guery, contestó el monge con firmeza, si quieres que te escuche, olvida lo pasado, y no veas en mí sino á un hombre que lleva, aunque indigno, el hábito de S. Francisco.

El extranjero no podia contener su emocion. El hermano Leon tomó sus manos, las estrechó afectuosamente, y añadió en un tono menos áspero.

—Vamos, Guillermo, amigo mio, tú que me has sido fiel hasta el último instante, no llores mas por mí, porque soy aquí tan dichoso como nunca lo he sido sobre el trono. Tampoco creo que tengas queja alguna de tu nuevo estado.

—Ah, señor! porque nunca podré llamaros de otro modo, yo no llero sino los vínculos que me unian á vos, porque no hay en el mundo un príncipe mas noble y generoso que el rey de Chipre y Jerusalem.

—Y de América, interrumpió el monge: por qué omitir este último título? Ah! yo habia juzgado bien á Pedro. Es un gran capitan. Su nombre, terror ya de los infieles, es invocado con orgullo y esperanza por los cristianos... Pero tu venida parece anunciar que está cerca de aquí.

—De vuelta de Roma, atraviesa ahora mismo la Borgoña, victoreado por todos los pueblos de

este ducado, y viene á París á recoger los socorros de hombres y dinero que el regente de tiene prometidos. si y atienda con el con obispos ob

—Mucho temo que sea ex vano, dijo el hermano Leon, sacudiendo violentamente la cabeza. Los indicios que advierto son muy malos. Los príncipes cristianos, ávaros y poco fervorosos, se hacen entre sí continua guerra. El reino está agotado. Es necesario casi un milagro para salvarlo, y abastecer á Pedro de medios bastantes para ejecutar su noble empresa. No seces

La conversacion continuó en lengua oriental, hasta que el extranjero partió, y el monje se encerró en su celda. En un momento de silencio se quedó en su celda, y estuvo largo tiempo negrosternado delante de un crucifijo colgado en la pared. Después se levantó, se acercó á un pequeño armario incrustado en la pared, tomó una llave que llevaba atada al cordón de su hábito, y la introdujo en la cerradura. Así que abrió la puerta, se dejó ver un cojin de terciopelo encarnado con flecos de oro, y sobre él una corona enriquecida de perlas y diamantes de una grandeza y brillantez maravillosas, un cetro de oro macizo, una espada incrustada de pedrería y una mano de justicia. Estos objetos brillaban con una luz particular, en la medio de oscuridad del armario.

El monje miró con desden algunos instantes todas aquellas riquezas.

—Emblemas del poder, dijo, diariamente os desprecio. Corona real, aunque tan rica y brillante, cuánto mas pesada eres de llevar que la humilde corona de S. Francisco! para nada puedes servir si no mudas de forma. Bien pronto irás al crisol de un mercader judío ó lombardo, y te convertirás en navios y batallones para una nueva cruzada!

(Continuará.)

F. J. R.

VARIETADES.

NTRA. SRA. DE PUIGLAGULLA.

En 793 vivía en el Montagut, á distancia de dos horas de Monseny y tres de Vich, un sacerdote de vida ejemplar llamado Raimundo Ferrer, el cual reunía los días festivos á los muchos varones penitentes, que entre las asperezas del Monseny servían á Dios en espíritu y en verdad, en su ermita de San Salvador, donde él les exhortaba á la constancia, les reconciliaba, celebraba el santo sacrificio de la Misa, y fortificados con el Pan celestial regresaban á su soledad.

Una noche en el fervor de la oracion vió un gran resplandor que salía de las cercanías de una fuente

situada á poca distancia de la ermita y á poca distancia del Montagut; al mismo tiempo vió tres estrellas que giraban en torno de la luz. No una noche, sino varias, fueron las que se renovó tan extraordinaria maravilla; sentía impulsos de visitar el sitio aquel, y por otra parte no se atrevía á acercarse, hasta que una noche se le apareció rodeado de una gran claridad un anciano respetable con lengua barba y blanca túnica, que le dijo:

—¿Qué estás haciendo? Ven, voy á mostrarte una gran maravilla. Dame la mano y no temas, el mismo Dios me envía.

Se dirigieron al sitio donde otras veces habia contemplado el resplandor, postráronse en oracion, la que brevemente terminada dijo el anciano:

—Afranca esas piedras que están sobre la fuente profundiza un poco el agujero, y el premio será un tesoro de inestimable valor.

Dicho lo cual desapareció el anciano.

Fra costumbre entre los eremitas el que se rigiesen todos por una sola campana, y á pesar de estar separados, todos al mismo sonido de la campana oraban, todos recitaban los salmos, y todos á la misma hora tomaban su alimento y se entregaban al descanso necesario.

Desaparecer el anciano y tañer la campana al rezo de maitines pareció un mismo acto; así es que el santo ermitaño fué á reunirse con un compañero suyo y comenzaron su Oficio. El que terminado, hizo sabedor Raimundo á su compañero del prodigio de que habia sido único espectador, y entrambos se dirigieron á la fuente para poner en práctica las órdenes del venerable anciano.

Grande fué su admiracion al contemplar que tres leones escarbaban en el mismo sitio, y que al divisarles continuaran la obra muy tranquilos, unieronse pues á ellos en la empresa, pero despues de mucho trabajar les fué imposible mover una gran piedra, hasta que llegando dos leones de refresco la movieron con suma facilidad: arrancada la piedra toparon con una gran pared y resolvieron proseguir la obra el día siguiente, pues el toque de retiro les llamaba á otra parte.

Sin duda la Providencia divina exigiria mas pureza y perfeccion en aquellos sus servidores: guerras intestinas y mil trastornos se opusieron á la buena voluntad de Raimundo y su compañero. No olvidaron el llamamiento divino, y trascurrido un año en el ayuno y la penitencia, el 29 de abril de 794 aparecióse un mensajero celestial á Raimundo, y tomándole de la mano le condujo al sitio donde un año antes ya le habia acompañado.

—Ánimate, le dijo, no has buscado bien la santa cueva que te indiqué! Trabaja con constancia; Jesu-cristo y su beatísima Madre serán tu amparo; descubrirás un gran tesoro y despues construirás un templo cual te será revelado.

(Concluirá.)

P. V.

GRANADA:

IMPRESA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.